

Lady Havisham necesita un prometido

Damas inadecuadas X

Kathia Iblis

Selecta

Lady Havisham necesita un prometido

SERIE
Damas inadecuadas 10

Kathia Iblis

Selecta

Para quienes aún creen en el amor, aunque el mundo insista en lo contrario. Para los que sueñan con una mirada que abrace, con unas manos que no suelten, con un corazón que no tema quedarse.

Que estas páginas sean un refugio, una promesa susurrada entre líneas: el amor verdadero no se encuentra, se reconoce.

Y cuando llegue… te hará sentir que nunca estuviste solo.

«El amor no se mira, se siente. Y aún más cuando él está junto a ti, incluso el silencio se vuelve música.» — Inspirado en Persuasión de Jane Austen

«A veces la última persona en el mundo con la que uno querría estar… es exactamente con quién debe estar.» — Orgullo y Prejuicio

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. Incluso, en relación a estas últimas, se había sabido de casos en los que habían logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encontraban las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni

siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

La casa de los Havisham olía a té frío, polvo y resignación.

En el pequeño salón con cortinas gastadas y el papel de pared comenzando a despegarse en las esquinas, Lady Elizabeth Havisham se mantenía de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, la mandíbula apretada y la mirada clavada en el hombre que, con aire satisfecho, ocupaba el sillón más ancho como si fuera el dueño de la propiedad. Técnicamente, tenía los medios para serlo.

Lord Mortimer Albright. Viudo. Rico. Amigo cercano del casero.

Y demasiado viejo para estar mirando con tanto interés a Mary, la menor de las cuatro hermanas Havisham, que a sus diecisiete años aún no entendía del todo las implicancias del horror que se avecinaba.

—Mi propuesta es generosa —decía el hombre acomodando sus anillos mientras Mary se ruborizaba y miraba al suelo—. Sé que vuestra situación no es la ideal, y estoy dispuesto a tomar a la jovencita como esposa antes de que se corran rumores… o de que el arrendador reconsidere su generosidad con el alquiler.

Elizabeth sintió cómo la sangre le hervía en las venas. Mary, aún arrodillada frente al servicio de té, temblaba apenas. La madre,

pálida y nerviosa, observaba todo desde el borde del sofá, sin saber qué decir.

—Lord Albright —dijo Elizabeth alzando la voz sin titubear—. Mary no está disponible. Ni lo estará jamás para usted.

—¡Elizabeth! —murmuró la señora Havisham con un tono que mezclaba súplica y terror.

Pero Elizabeth no retrocedió. Dio un paso al frente, colocándose entre el lord y su hermana menor como si fuera un escudo de carne y furia.

—Mi hermana es una niña, milord. Y usted no es bienvenido aquí con ese tipo de intenciones. No necesitamos su «generosidad», ni sus amenazas veladas.

Albright se puso de pie con un bufido. Su rostro enrojeció como si no pudiera creer que una mujer en su situación tuviera el descaro de hablarle así.

—¡Carecen de medios! ¡De posición! ¡Sin un hombre que las proteja no durarán el invierno!

Elizabeth lo miró con los ojos centelleando.

—Entonces escúcheme con atención, Lord Albright: antes de que esta temporada termine, estaré comprometida. Y no necesitaremos su ayuda, ni la de ningún otro hombre que venga a ofrecer su compasión como moneda de cambio.

—¡Eso es ridículo! ¿Y con quién, si puede saberse? ¿Qué caballero de buena familia la tomaría a usted?

Elizabeth esbozó una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Aún no lo sé. Pero créame que lo encontraré. No por amor. No por cuentos de hadas. Por necesidad. Por estrategia. Y porque sé jugar el juego mejor de lo que aparento.

El silencio cayó como un golpe seco.

Mary contenía el aliento. Su madre tenía lágrimas en los ojos. Y

Albright… se retiró con una última amenaza lanzada al aire:

—Espero, por el bien de su madre y hermanas, que cumpla esa promesa. Sería una pena verlas… en la calle.

Cuando la puerta se cerró con un estruendo, Elizabeth dejó caer los hombros por primera vez.

Mary corrió a abrazarla con fuerza, sollozando.

—Gracias. Gracias, Lizzy…

Elizabeth no respondió de inmediato. Solo acarició el cabello de su hermana.

—No vamos a depender de nadie más. Lo prometo. Pero para cumplirlo… voy a necesitar hacer algo impensado.

Y mientras la lluvia golpeaba las ventanas de la vieja casa Havisham, una decisión empezaba a crecer en el corazón de aquella joven desesperada: conseguir un prometido. A cualquier costo.

Capítulo 1

El arte de fingir valentía

Londres olía a promesa y a perfume caro.

Desde el carruaje alquilado, Lady Elizabeth Havisham miraba las luces del club social de Mayfair como si fueran antorchas de un juicio público. Sentía las manos heladas, la espalda tiesa y un nudo incómodo en el estómago que ni el corsé podía disimular.

La temporada había comenzado.

Y con ella, la mentira más grande que había pronunciado en su vida.

—Un compromiso antes del final —murmuró para sí, recordando las palabras que le había lanzado a Lord Albright como si fueran dagas. Pero ahora que el salón de baile se alzaba delante de ella con su música de cuerdas y risas educadas… la promesa le parecía una soga.

En el interior, el salón brillaba como una joya recién pulida. Candelabros de cristal, alfombras suaves como nubes, copas rebosantes de champán y damas envueltas en colores que recordaban flores imposibles.

Elizabeth caminó entre los invitados con la cabeza en alto, pero por dentro… estaba aterrada.

Las conversaciones le parecían ensayadas. Las sonrisas, armas. Las miradas, juicios disfrazados de cortesía.

Ella no tenía fortuna. Su apellido era antiguo, sí, pero carcomido por deudas. Y aunque su rostro —hermoso sin esfuerzo— podía llamar la atención, una dote vacía hablaba más fuerte que los ojos color mar.

—¿Quién es esa? —susurró una debutante a su madre.

—Una Havisham… la mayor. Sin dote. Sin futuro.

Bailó dos veces. Una con un vizconde de dientes torcidos que olía a polvo de tabaco, y otra con un joven tímido que no sabía dónde poner las manos.

Pero fue al salir a la terraza a tomar aire cuando ocurrió.

—¿Escapando ya, milady? —La voz pertenecía a Lord Redgrave, un hombre con más años que decencia, cuya presencia siempre la había inquietado.

—Solo necesitaba aire —respondió Elizabeth con cortesía forzada.

—¿O tal vez compañía?

Antes de que pudiera retroceder, él ya estaba demasiado cerca. Le rozó el brazo con sus dedos sudorosos y sonrió con suficiencia.

—Una joven como usted debería estar agradecida de que alguien se interese, con la falta de recursos que carga.

—Le ruego que se aparte, milord —dijo ella con la voz temblando, no de miedo… sino de furia.

—Vamos, no sea melodramática. Todos sabemos que las damas como usted deben ser… flexibles.

La bofetada no llegó a salir de su mano. Porque otra voz interrumpió la escena como una ráfaga de tormenta.

—Creo que la señorita fue clara.

Ambos se giraron.

De pie en el umbral de la terraza, un hombre alto, vestido con un impecable frac negro, los observaba con el ceño fruncido y los ojos relampagueando.

Stephan Hamilton.

No era noble. No tenía escudo heráldico. Pero sí una fortuna construida con sudor, inversiones certeras y una intuición peligrosa para los negocios. Y esa noche, había asistido al evento por compromiso, no por placer.

Hasta que la escuchó.

Hasta que la vio.

Lord Redgrave bufó.

—Esto no le incumbe, señor Hamilton.

—Discrepo. Cualquier caballero que se precie no permanece en silencio cuando una dama está en apuros.

Redgrave masculló una excusa, lanzó una mirada venenosa a Elizabeth y se retiró.

Quedaron solos.

El silencio entre ellos fue denso, cargado.

Elizabeth intentó recomponerse, pero sus ojos brillaban.

—Gracias —murmuró—. No necesitaba que interviniera, pero… gracias.

Stephan se acercó un paso. No más.

—No lo hice por usted. Lo hice por mí. Porque no podría dormir si me hubiera quedado inmóvil.

Ella lo miró por primera vez. Bien. De verdad.

Y fue entonces.

Un instante. Un latido.

Como si dos almas extraviadas se reconocieran después de haber caminado en círculos en vidas distintas.

No era amor. No aún.

Era algo más profundo. Más inquietante.

—Usted no es como ellos —susurró ella sin pensar.

Él sonrió apenas.

—Y usted no es como las demás.

Ambos sabían que no era posible.

Ella era una Havisham. Criada para saludar con gracia, para ocultar el hambre con una sonrisa.

Él era un Hamilton. Hijo del esfuerzo. Ajeno a los bailes, a los pactos silenciosos del privilegio.

Pero en esa terraza, bajo las estrellas que no distinguían linajes… algo se encendió.

Y ninguno de los dos volvió a ser el mismo.

Capítulo 2

Green Park. Londres, mediodía

La mañana era engañosamente serena. El cielo, de un celeste limpio, parecía prometer tranquilidad. Pero dentro de Elizabeth Havisham, todo era tormenta.

Caminaba junto a su madre y sus tres hermanas por el sendero principal de Green Park. Iban en fila, como aves heridas intentando no llamar la atención de los halcones que rondaban entre bancos y pérgolas.

Su madre ajustaba el ritmo de su andar con nerviosismo, como si esperara que en cualquier momento alguien se acercara a señalarles la ruina grabada en la espalda. Mary iba a su lado, tarareando con dulzura, ignorante —o fingiendo ignorar— la presión que pesaba sobre todas.

Elizabeth, en cambio, no podía fingir.

—Esto fue una mala idea —murmuró—. Todas estas miradas...

—Debemos dejarnos ver, querida —respondió su madre con voz apretada—. O nadie recordará que existimos.

Pero era mejor ser olvidadas que ser juzgadas.

Y lo estaban siendo.

Los abanicos se alzaban con disimulo. Las miradas se deslizaban como cuchillas envainadas en sonrisas. Algunas damas inclinaban la cabeza con cortesía contenida. Otras, ni siquiera eso.

Fue entonces cuando lo vio.

De pie junto a un roble antiguo, con una libreta en mano y el ceño fruncido mientras hablaba con otro caballero, Stephan Hamilton parecía fuera de lugar. O quizás demasiado dentro, pero sin pertenecer del todo.

Y cuando sus ojos se cruzaron, el mundo se detuvo un segundo.

Elizabeth pensó en desviar la mirada. En fingir que no lo había visto.

Pero no pudo.

Él ya caminaba hacia ella.

—Milady —dijo con una leve inclinación de cabeza—. No esperaba encontrarla aquí.

—Ni yo a usted —respondió con voz más firme de lo que sentía.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con suavidad, bajando apenas la voz—. Después de… lo ocurrido.

Elizabeth lo miró con intensidad. No con reproche, sino con algo más difícil de definir.

—Estoy bien. Gracias a usted.

—No fue nada —dijo, y sus ojos se suavizaron—. Pero si me permite decirlo… no debió estar sola en ese momento.

Ella levantó el mentón.

—No estaba sola. Solo estaba… vulnerable. Como lo estamos todas. Siempre. Aunque no se note.

Stephan asintió lentamente. Y entonces, bajó la mirada, como si no pudiera sostener la fuerza de la de ella.

—Dijo algo aquella noche que no he podido olvidar.

Elizabeth enarcó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Dijo que yo no era como los demás.

El silencio cayó entre ellos. La madre y las hermanas fingían mirar flores, pero claramente escuchaban.

—¿Y lo ha tomado como un cumplido… o como una advertencia?

Él sonrió. Fue breve, pero sincero.

—Como una verdad que no esperaba. Y que me dejó incómodo.

Elizabeth inspiró hondo. Su corazón latía con una intensidad que no entendía.

—Entonces tal vez deberíamos fingir que no nos vimos. Que no hablamos. Que nada ocurrió.

Stephan ladeó la cabeza.

—¿Quiere que la olvide?

—No —respondió ella con brutal honestidad—. Quiero que no me cause más problemas de los que ya tengo.

Y dicho eso, se despidió con una reverencia perfecta y continuó caminando.

***

Desde la distancia…

Lady Weatherby observaba todo con ojos entrecerrados desde su carruaje.

—¿Lo viste? —dijo a su amiga—. Ella lo detuvo. Pero hablaron. Y él… parecía demasiado interesado.

—¿La Havisham? ¿Con Hamilton?

—¡Quién lo hubiera dicho! Y después dicen que los americanos no saben elegir...

Rieron. Y la chispa de un escándalo no tardó en encenderse.

***

Esa tarde, Elizabeth se encerró en su habitación.

No lloró. No suspiró. Solo se sentó frente al espejo y se miró largo rato.

Sabía que ese cruce tendría consecuencias. Que los rumores comenzarían. Que el nombre Havisham podría terminar aún más hundido… o sostenido por un escándalo.

Pero nada de eso era lo que realmente le dolía.

Lo que dolía era la certeza que había sentido en su pecho cuando lo vio.

Esa sensación absurda y preciosa de ser vista de verdad.

Y no sabía si volvería a sentirla otra vez.

Capítulo 3

Sombras entre tazas de té

La mañana amaneció con una noticia inesperada.

Mientras las hermanas Havisham desayunaban en torno a una mesa modesta, entre pan apenas tibio y mermelada racionada, la señora Havisham dio un sorbo de su té y dejó la taza con un gesto que pretendía ser casual, pero que resultó más teatral de lo previsto.

—He tomado una decisión —anunció con voz firme—. Las cuatro participarán esta temporada.

Hubo un silencio espeso, seguido de una exclamación incrédula de Mary.

—¿Las cuatro? ¿Incluyéndome?

—Justamente a tí me refería, querida —respondió su madre sonriendo sin verdadero entusiasmo—. Eres joven, fresca, dulce. Si logramos que un caballero se fije en alguna de ustedes, eso podría salvarnos a todas.

Elizabeth parpadeó.

—Madre… Esto no es una feria.

—¡Es una guerra! —interrumpió ella bajando la voz pero no la

intención—. Y no podemos desperdiciar ningún frente.

Las hermanas intercambiaron miradas nerviosas. Mary, por su parte, parecía más asustada que entusiasmada.

Elizabeth cerró el puño sobre la servilleta.

Todo estaba saliéndose de control.

***

Casa de Lady Desdémona Hawthorne. Hora del té

La residencia de Lady Desdémona era todo lo que las Havisham ya no eran: elegante, estable, bendecida por la fortuna y el respeto social.

Las invitaciones al té habían sido un golpe de suerte. O, al menos, eso pensaba la señora Havisham mientras se deshacía en reverencias y falsas sonrisas.

Elizabeth se mantuvo al margen, observando cómo Mary y sus hermanas intentaban no desentonar entre las jóvenes perfectamente vestidas que se reían con suavidad y se abanicaban con disciplina.

Fue entonces cuando Lady Desdémona se acercó.

—Lady Elizabeth —dijo con voz baja pero autoritaria—. ¿Puedo robarle unos minutos?

Elizabeth la siguió, algo tensa, hasta un rincón más apartado del jardín.

—He notado en usted algo distinto —empezó la dama—. No finge con la facilidad de las demás. Y tiene los ojos de alguien que está ocultando mucho más que un secreto de sociedad.

Elizabeth no supo por qué, pero las palabras de Lady Desdémona abrieron algo dentro de ella. Quizá era el tono. O tal vez, que nadie le había hablado así desde que su padre murió.

—Mi familia está al borde del colapso —confesó—. Y… he

prometido algo que no sé si podré cumplir. Que me comprometeré antes del final de la temporada. Que las salvaré a todas.

Lady Desdémona alzó una ceja.

—¿Y piensa hacerlo sola?

—No tengo opción.

La dama la observó con detenimiento.

—No. Pero tiene aliados, si los acepta. Lady Clarisse Kensington y yo no nos cruzamos de brazos cuando vemos que la sociedad intenta devorar a las suyas. Podemos ayudarte. Pero necesitas dejar de huir.

Elizabeth tragó saliva. Luego asintió.

—Hay alguien más… Stephan Hamilton.

—Ah. El hombre que incomoda a los nobles por haber logrado lo que ellos no pudieron sin herencia.

Elizabeth esbozó una sonrisa triste.

—No tiene título. Pero tiene más honor que muchos con escudo.

—Entonces cuidado —advirtió Lady Desdémona—. A veces el escándalo nace del amor, y otras, el amor nace del escándalo.

***

En el centro del jardín, el murmullo general se vio interrumpido por la voz aguda de Lady Abigail Fletton, una joven de buena cuna, pero inteligencia cuestionable.

—Yo no sé ustedes —dijo con risa chillona—, pero si Stephan Hamilton me ofreciera una casa bonita y una asignación mensual, no me importaría ser su amante mientras espero que algún lord viejo y avinagrado me dé un heredero.

El silencio fue inmediato.

Una copa cayó. Mary abrió la boca sin emitir sonido. La señora

Havisham se puso de pie como un resorte.

Lady Desdémona se levantó.

—Lady Fletton, creo que ha dicho más de lo que su educación le permite.

La joven se encogió.

—Solo era una broma…

—Una que no tiene lugar en mi jardín —añadió Desdémona con firmeza—. Retírese. Usted y su madre.

La madre de la muchacha, pálida como una sábana, la tomó del brazo.

—Mis disculpas, milady. No volverá a ocurrir.

—No lo dudo —dijo Lady Clarisse que acababa de acercarse—. Porque no volverá a estar invitada.

El escándalo quedó servido como el té: caliente, hirviendo, imposible de ignorar.

Al final del día, cuando las Havisham regresaban a casa, Elizabeth miró por la ventana del carruaje.

El mundo social era una selva con manteles de encaje.

Pero ya no estaba tan sola.

Y en algún lugar, un hombre que no era noble… seguía ocupando un lugar en su mente.

Uno que no quería —ni podía— desalojar.

Capítulo 4

El telón se abre

La invitación había llegado en un sobre sin remitente, lacrado con un sello anónimo. El papel, grueso y perfumado, indicaba con letras doradas una función especial en el Teatro Royal con palco privado incluido. Era un lujo que las Havisham no podían explicar ni permitirse rechazar.

—Debe ser un error —había dicho la señora Havisham, sujetando el sobre con la delicadeza con la que se sostiene un sueño.

—O un milagro —susurró Mary con ojos brillantes.

Elizabeth lo leyó en silencio. Su primer instinto fue desconfiar. Nada llegaba sin precio. Y sin embargo… algo dentro de ella, algo que se aferraba a la esperanza con uñas frágiles, le pidió aceptar.

***

La noche estaba despejada, con una luna redonda y orgullosa colgada sobre la ciudad como una joya de reina. El teatro brillaba como una corona de oro en medio de la oscuridad londinense. Los

carruajes llegaban uno tras otro. Las damas descendían envueltas en capas de terciopelo, sus risas flotando como burbujas sobre el adoquinado húmedo.

Las Havisham descendieron con discreción. Elizabeth, vestida con un vestido azul profundo de otra temporada, adaptado con talento por sus propias manos, parecía ajena a la precariedad que intentaba esconder.

Al entrar al vestíbulo principal, las miradas no tardaron en llegar.

No era común ver a las Havisham en un evento tan selecto. Y mucho menos en un palco privado.

—¿Nos miran? —preguntó Mary en voz baja.

—Que lo hagan —respondió Elizabeth—. Esta noche, al menos, no podrán ignorarnos.

El palco estaba perfectamente ubicado. Desde allí se veía todo: el escenario, el público, los otros palcos... y, sin saberlo aún, al hombre que no podía dejar de pensar en ella.

Stephan Hamilton se encontraba en la platea baja, acompañado de dos inversores franceses y un diplomático sueco. Había asistido por compromiso, para mantener apariencias y relaciones. Pero cuando sus ojos se alzaron hacia el palco y la vieron a ella, todo lo demás dejó de importar.

Ella.

Radiante, serena, como un faro en medio de la niebla.

***

Durante el segundo acto, Elizabeth salió discretamente a buscar aire.

El teatro, con sus candelabros encendidos y alfombras suaves, parecía una burbuja de otro mundo. Pero el vestíbulo lateral, silencioso y apenas iluminado, era un refugio. Allí se detuvo,

respirando profundo, como si pudiera exhalar las presiones que la asfixiaban.

Y entonces, él apareció.

—¿Siempre huye del segundo acto? —preguntó Stephan con una sonrisa suave.

Elizabeth se giró, sorprendida. Pero su rostro no mostraba temor. Solo un reconocimiento profundo, casi doloroso.

—Solo cuando el primer acto ha sido suficiente para recordarme que no pertenezco aquí.

Stephan la miró fijamente. Cada vez que la veía, algo en él se estremecía. No por su belleza —aunque era indiscutible—, sino por la dignidad férrea con la que sostenía su mundo en ruinas.

—Yo mandé las invitaciones —confesó.

Elizabeth frunció el ceño, más dolida que halagada.

—¿Por qué?

—Porque creo que merecen una noche sin miedo.

Ella bajó la mirada.

—Esto no cambia nada, señor Hamilton. Me expone. A mí y a mis hermanas.

—Lo sé —dijo él con un suspiro—. Pero me expone a mí también. Y aún así, lo hice.

Hubo un silencio espeso. Cargado.

—No puedo permitirme un escándalo —murmuró ella.

—¿Y yo sí puedo?

La pregunta quedó flotando, como una promesa… o una amenaza.

Y fue entonces cuando una voz elegante y llena de intención cortó la tensión como una navaja.

—Elizabeth, querida. Qué sorpresa tan agradable encontrarte aquí.

Lady Desdémona Hawthorne se acercó con esa mezcla de encanto y autoridad que solo las mujeres verdaderamente poderosas sabían

usar. A su lado, un caballero joven, de estatura imponente, mirada clara y sonrisa perfectamente estudiada, la observaba con interés.

—Permítame presentarle a Lord Marcus Ashford, barón de Ridgeford —dijo la dama con un brillo astuto en los ojos—. Recién regresado del extranjero, y deseoso de hacer nuevas amistades.

Marcus inclinó la cabeza.

—Lady Elizabeth —dijo con una voz grave y amable—. Me honra por fin conocerla.

Elizabeth respondió con una leve reverencia, aún con el corazón acelerado por la conversación anterior.

Stephan retrocedió un paso. No habló. No protestó. Pero su mirada lo decía todo.

Lo estaba perdiendo. Y lo sabía.

Lady Desdémona sonrió para sí.

La función apenas comenzaba.

Capítulo 5

El sabor amargo del deseo

Las calles de Londres rebosaban de vida aquella tarde de sábado. Carros y carruajes se entrecruzaban con peatones bien vestidos, vendedores callejeros voceaban con entusiasmo sus productos, y las damas de sociedad paseaban con sus sombrillas de encaje fingiendo indiferencia ante el escrutinio social que las envolvía como una red invisible.

Stephan Hamilton se había detenido en una de las esquinas más transitadas del West End, justo frente a Maison Bellamy, la tienda de té más selecta y concurrida de la ciudad.

Y allí la vio.

Elizabeth.

Sentada junto a la vidriera, con su cabello recogido de forma impecable y un vestido lavanda que hacía juego con su piel de porcelana, reía suavemente mientras compartía té y bocados con Lord Marcus Ashford.

Stephan sintió cómo algo en su interior se tensaba como un resorte. No era sorpresa. Ni siquiera molestia.

Eran celos. Puros. Ásperos. Implacables.

Marcus hablaba con soltura. Su sonrisa era tan perfecta como su linaje. Su porte, relajado. Y Elizabeth… Elizabeth lo escuchaba.

Y reía.

No de cortesía. No de obligación.

Reía como si, por un momento, todo lo demás se hubiese esfumado.

Stephan apretó los puños dentro de sus guantes. Sintió la tentación absurda de entrar y hacer una escena. De arrebatarla de allí. De recordarle que había algo entre ellos.

Pero no tenía ningún derecho.

No era su prometido.

Ni siquiera un pretendiente.

Solo era el hombre que había enviado una invitación anónima. El que la había salvado una vez. El que no podía sacársela de la cabeza.

Con paso firme, giró sobre sus talones y se alejó por la calle lateral. Sin embargo, la imagen de ella —su risa, su voz, la forma en que inclinaba ligeramente la cabeza al escuchar— lo persiguió como un fantasma.

Esa noche, en su despacho, una misiva lo esperaba sobre el escritorio.

Reconoció la caligrafía antes de abrirla. Su corazón dio un vuelco.

Señor Hamilton:

Espero no ser demasiado atrevida al escribirle. Quisiera agradecerle, sinceramente, por las entradas al teatro. Fue una velada especial para mi familia, y no lo olvidaré.

Lamento, sin embargo, cómo terminó todo. Lamento no haber sabido cómo manejar ciertas cosas.

Con gratitud,
Elizabeth Havisham.

Stephan se quedó inmóvil un largo rato. Releyó la carta dos, tres veces. La sostuvo con los dedos como si fuera algo frágil. Un tesoro.

«Lamento no haber sabido cómo manejar ciertas cosas.»

Era una disculpa. Una grieta. Una invitación tácita.

Y, sin embargo, él seguía sin saber qué hacer con lo que sentía.

Porque si se acercaba demasiado… no podría volver atrás.

***

A la mañana siguiente, salió temprano.

No hacia la Bolsa. Ni hacia la fábrica. Ni siquiera hacia su club.

Fue hacia el parque.

La necesitaba ver. Necesitaba comprobar con sus propios ojos que seguía siendo real.

Y allí estaba.

Caminando junto a Mary. Su hermana reía, agitando las manos, señalando flores. Elizabeth caminaba en silencio, con las manos cruzadas delante de ella. Como si algo pesara sobre su espalda.

—¿Puedo unirme a su paseo? —preguntó Stephan apareciendo a su lado con voz suave.

Mary se detuvo, sorprendida. Elizabeth levantó la vista.

—Señor Hamilton…

—Lady Elizabeth.

Hubo una pausa incómoda. Casi dolorosa.

Mary, que era más lista de lo que aparentaba, sonrió con dulzura.

—Voy a recoger unas flores. Los dejo un momento.

Y desapareció entre los arbustos.

Elizabeth miró a Stephan con una mezcla de sorpresa y cautela.

—No esperaba verlo aquí.

—Tampoco yo. Pero… necesitaba caminar.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y el paseo lo trajo justo a este sendero?

Él la miró sin rodeos.

—No. Me trajo hacia usted.

El silencio volvió, pero esta vez no fue incómodo. Fue denso. Vibrante.

—He recibido su carta —añadió él—. No tiene nada de qué disculparse.

—A veces me pregunto si estoy cometiendo un error —dijo ella en voz baja—. Acercándome a usted. Permitiendo que me vea de este modo.

—¿Y por qué lo hace?

Elizabeth levantó la vista. Y por primera vez, lo dijo.

—Porque… cuando estoy cerca de usted, siento que puedo dejar de fingir. Aunque sea un instante.

Stephan tragó saliva.

—Entonces quédese cerca.

Ella parpadeó. Una vez.

—No puedo prometerlo.

—Yo tampoco —respondió él.

Y sin embargo, ninguno se alejó.

Capítulo 6

Donde todo tiembla

La noche caía sobre Londres con un aire de expectación.

Las farolas encendidas arrojaban destellos dorados sobre las fachadas de piedra, y los carruajes desfilaban uno tras otro frente a la residencia de Lady Wendell, dejando tras de sí aromas de perfumes caros y un murmullo constante de voces preparadas para el escándalo.

La mansión estaba vestida para impresionar. Cortinas de terciopelo carmesí, candelabros de cristal flameando con velas perfumadas, y escalinatas que parecían llevar a un Olimpo social donde cada mirada podía elevarte… o destruirte.

Elizabeth descendió del carruaje con el corazón latiendo en la garganta. Su vestido era un delicado tono perla con hilos de plata cosidos a mano. Había tardado dos semanas en bordarlo en secreto. No tenía joyas costosas, pero usaba un pequeño camafeo heredado de su abuela, sostenido con una cinta blanca en el cuello. Lo único que no podía ocultar… era su postura.

Alta. Serena. Firme.

—Sonríe —le recordó su madre—. Y por favor, no frunzas el ceño como si todo esto fuera un castigo.

—¿Y si lo es? —susurró Elizabeth, pero entró igual, tragándose el temblor de sus manos.

***

Stephan Hamilton llegó antes de lo planeado.

No por entusiasmo. Sino por una inquietud que no lograba nombrar. Se movía entre los invitados como un hombre que sabía cómo encajar… pero que no pertenecía del todo. No necesitaba esa velada. No le importaban las apariencias.

Salvo una.

Y cuando la vio entrar, acompañada de sus hermanas y su madre, con la cabeza tan alta como si ignorara el abismo bajo sus pies, supo que iba a cometer otro error.

Porque no podía seguir alejándose de ella.

***

La velada estaba en su apogeo. Los bailes comenzaban. Las risas aumentaban con cada copa. Pero entre columnas, floreros desbordantes y espejos dorados, Elizabeth y Stephan se encontraron.

Como si el mundo entero hubiese desaparecido, se miraron en silencio.

—No pensé que vendrías —dijo ella al fin, con voz baja.

—Y, sin embargo, estoy aquí —respondió él acercándose.

—No deberíamos hablar.

—Entonces hablemos en silencio.

Y la tocó.

No fue un gesto accidental. Fue una caricia firme, segura, que buscó su mano y la sostuvo con reverencia.

Los dedos de Elizabeth temblaron. Y, aun así, no se apartó.

—Esto no es posible —susurró ella apenas audible.

—Entonces que sea imposible. Pero real.

Sus miradas se encontraron como dos tempestades a punto de chocar.

Ella levantó la otra mano, dudando… y luego la posó suavemente en su mejilla. Un contacto fugaz. Íntimo. Peligroso.

—No sé qué me pasa contigo —dijo—. Pero me asusta.

—Y a mí —confesó él—. Me asusta no poder detenerlo.

Sus rostros estaban tan cerca que compartían el aliento.

Y entonces…

—Lady Elizabeth —interrumpió una voz clara, impecablemente educada—. Me temo que vine a reclamar el baile que me prometió.

Lord Marcus Ashford. Erguido, elegante, perfectamente oportuno.

Elizabeth se apartó de golpe, como si su piel ardiera.

—Por supuesto, milord —dijo recobrando la compostura a duras penas.

Marcus no miró a Stephan directamente. Pero su sonrisa al ofrecerle su brazo a Elizabeth hablaba con un filo que no necesitaba palabras.

Stephan no respondió. No tenía cómo.

Solo la observó alejarse, llevándose con ella todo el aire de la sala.

Mientras los músicos tocaban un vals nuevo y Elizabeth giraba con Marcus en una coreografía perfecta, algo no encajaba. Su sonrisa era precisa. Su conversación, cortés. Pero su cuerpo estaba tenso, como si bailara con una obligación más que con un caballero.

Y Stephan lo notó.

Pero no pudo hacer nada.

Hasta que escuchó un sonido detrás de él.

Un forcejeo. Un quejido.

Y reconoció esa voz de inmediato.

—¡Déjeme ir! ¡No me toque!

Mary.

En una galería lateral, mal iluminada, la escena era un puñetazo al estómago.

Lord Albright, con el rostro enrojecido por el vino, sujetaba del brazo a Mary, que forcejeaba con creciente pánico.

—Quería saludar a la joven dama —decía con la lengua pastosa—. Solo soy un viejo amigo de la familia…

—Ella dijo que no —dijo Stephan con una voz tan baja que heló el aire.

Albright se giró. Pero Stephan no le dio tiempo.

Con un paso firme, lo tomó por el cuello de la chaqueta y lo empujó contra la pared.

—Si la vuelve a tocar —murmuró—, le juro que no habrá lugar en este país donde pueda esconderse.

Albright balbuceó algo. Stephan no lo escuchó.

Mary, pálida, temblaba.

—Ya está —le dijo Stephan quitándose el saco para cubrirle los hombros—. Está a salvo.

—Gracias —susurró ella con lágrimas en los ojos—. Gracias…

***

Más tarde, mientras Elizabeth buscaba a Mary entre la multitud, alguien le contó lo ocurrido.

Y lo supo.

Supo que había algo en Stephan Hamilton que no iba a poder ignorar.

Por más que lo intentara.

Por más que lo negara.

Por más que su apellido y su mundo dijeran que no.

Capítulo 7

Dulces tormentas

El sol entraba por los ventanales de la residencia de Lady Selene Hawthorne como una bendición dorada. Las flores del jardín estallaban en colores vibrantes, y la casa entera olía a pasteles de almendra, rosas frescas y a ese tipo de paz que solo ciertas familias logran cultivar.

Era su cumpleaños, y la celebración —íntima y encantadora— había reunido a damas de sociedad, caballeros respetables y viejos amigos. Pero entre todos los presentes, Elizabeth se sentía nuevamente dividida en dos.

Una parte de ella sonreía, conversaba con soltura y fingía control. La otra… Estaba sumida en un torbellino.

—¿Y cómo está tu preciosa niña? —preguntó Elizabeth siguiendo a Lady Selene hacia una salita contigua.

—Dormida, gracias a los milagros de una niñera paciente y al corazón de su padre —respondió la dama con una sonrisa—. Pero si te quedas unos minutos, seguro se despierta. Ya empieza a protestar cuando no escucha voces.

Selene tenía ese aire cálido, elegante y sin pretensiones que conquistaba sin esfuerzo. Elizabeth la admiraba profundamente.

—¿Puedo decirle algo que no debería? —preguntó de pronto, sin pensar.

—Solo si me prometes que no te vas a disculpar después.

Elizabeth rio, pero luego bajó la mirada.

—No sé qué me pasa. Me siento atrapada entre lo que debo hacer… y lo que quiero sentir. Marcus Ashford es amable, correcto, todo lo que mi madre espera. Y Stephan…

—¿Stephan Hamilton?

Elizabeth asintió lentamente.

—No es noble. Pero hay algo en él… que me hace sentir que puedo respirar.

Selene la observó con la mirada sabia de quien ha enfrentado sus propias batallas.

—¿Sabías que mi marido tampoco tiene título? Y sin embargo… Es el hombre más noble que he conocido.

Elizabeth abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Elegí el escándalo y la libertad, en lugar de un contrato dorado. Y no me arrepiento ni un solo día.

Selene le tomó la mano.

—No te digo que elijas a Stephan. Te digo que elijas desde el amor. Que te preguntes si el mundo vale más que tu paz.

Elizabeth no respondió. Porque en ese momento, la pequeña Aileen Ruah, de apenas unas semanas, despertó entre murmullos dulces. Era diminuta, hermosa, con el rostro idéntico al de su madre… y unos ojos verdes tan intensos como los de su padre.

—La vida puede salir mejor de lo que esperas —dijo Selene en voz baja, acunando a la niña—. Incluso cuando el mundo cree que te

estás equivocando.

***

En el jardín, Marcus Ashford se acercó a Elizabeth con una copa de limonada.

—Tiene un brillo en los ojos esta tarde —le dijo—. ¿Puedo atribuirlo a mi presencia?

—¿Y si te dijera que sí?

—Me encantaría fingir que no me sorprendería —respondió él riendo.

Conversaron largo rato. Marcus era encantador, culto, entretenido. Hacía sentir a Elizabeth… tranquila.

Pero no inquieta.

No como lo hacía Stephan.

Y justo cuando ella empezaba a pensar que él no vendría… apareció.

Cruzó el jardín con ese andar firme, discreto pero magnético. Vestía de gris oscuro, el cabello revuelto por la brisa, y los ojos… clavados en ella.

No saludó a Marcus. Solo la miró.

Elizabeth sintió cómo su mundo interno se reordenaba.

—Lady Elizabeth —dijo con un leve gesto de cabeza—. Me alegra verla aquí.

—No sabía que vendrías —respondió ella controlando su voz.

—Ni yo. Pero a veces, las decisiones se toman por sí solas.

Marcus, aún a su lado, lo observó con frialdad.

—Hamilton.

—Ashford.

La tensión era sutil, pero tangible.

Y Elizabeth… en medio de los dos.

***

Más tarde, mientras caminaba sola entre las hileras de lilas, Stephan la alcanzó.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella asintió.

—No debería estar aquí. Ni buscándote. Pero no puedo… no puedo evitarlo.

—Yo tampoco —admitió Elizabeth—. Y eso me asusta.

—No soy un buen partido. No tengo apellido ni castillos. Pero tengo algo que nadie más te va a ofrecer.

—¿Qué?

Él dio un paso más cerca.

—Verdad.

Ella tragó saliva. Y cuando él rozó su mano, no se apartó.

Pero tampoco se quedó.

—Necesito tiempo —murmuró.

—Te lo daré. Todo el que quieras.

Y sin más, se alejó.

Pero esta vez, ella se quedó mirándolo partir… deseando seguirlo.

Capítulo 8

Sombras en el té y fuego en la velada

El día amaneció claro, con el aroma de flores recientes y una tibieza extraña para esa época del año. Mary, la menor de las Havisham, se había despertado temprano, aún con las mejillas ruborizadas de ilusión.

—Hoy… ¿Puedo elegir el moño? —preguntó con una sonrisa que derretía cualquier resistencia.

—Hoy eliges todo —respondió Elizabeth peinándola con una ternura que no siempre podía permitirse.

No tenían dinero para grandes festejos, ni regalos costosos. Pero Elizabeth se había empeñado en hacer de ese día algo especial. Y así fue como terminaron en la pequeña casa de té Le Papillon, un sitio frecuentado por damas jóvenes y madres con hijas casaderas… El lugar perfecto para fingir —al menos por una tarde— que todo estaba bien.

El lugar olía a lavanda y limón. Las teteras chisporroteaban suavemente sobre las bandejas de plata. Mary pedía scones con crema sin vergüenza y Elizabeth la observaba con un amor que

rozaba la desesperación.

Y entonces, el destino volvió a jugar sus cartas.

Lord Marcus Ashford entró, acompañado de una dama anciana de noble aspecto —su tía, probablemente—, y al verla, sus ojos se iluminaron.

—Lady Elizabeth, qué dulce sorpresa —dijo con naturalidad, acercándose—. ¿Puedo unirme, o arruinaría un momento sagrado entre hermanas?

Elizabeth dudó. Pero Mary, encantada, ya lo invitaba con los ojos.

—Será un placer, milord —dijo finalmente.

La conversación fue animada. Marcus era encantador sin esfuerzo. Hizo reír a Mary, preguntó por su cumpleaños con sincera curiosidad, y elogió los pasteles como si cada detalle fuese digno de crónica.

Elizabeth, por primera vez en semanas, se sintió cómoda.

—No puedo negar que me hace bien su compañía —admitió ella cuando Mary se alejó unos minutos al tocador.

—Entonces no la niegue —dijo Marcus más serio—. A veces lo correcto… es lo que más miedo da.

Ella lo miró con atención. Y por primera vez, pensó: *Tal vez, él sea mi salida. Tal vez deba intentar… quererlo.*

***

Esa misma noche, la familia fue invitada a una velada de invierno organizada por Lady Clarisse Kensington. Un evento más íntimo, elegante pero no agobiante, con música de cámara, vino especiado y muchas oportunidades para conversar lejos del escrutinio público.

Elizabeth se convenció de que esa era una nueva oportunidad para abrir su corazón a Marcus.

Hasta que lo vio.

Stephan Hamilton.

De pie cerca de la chimenea, conversando con Ciarán Ruah —el exdirector de Scotland Yard—, vestido de negro y con el gesto más serio que ella le había visto. No se acercó. Ni la miró de inmediato.

Pero estaba ahí.

Y ella lo sintió como si una corriente eléctrica le recorriera la piel.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcus notando su tensión.

—Sí. Solo… calor.

Marcus asintió, pero sus ojos se desviaron con sospecha hacia el rincón donde Stephan fingía no mirar y tensó la mandíbula cuando sus ojos se cruzaron desafiándose abiertamente.

Durante el vals, Elizabeth no bailó. Salió al jardín de invierno para respirar. El aire fresco le limpió los pensamientos… hasta que una voz conocida la siguió.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Stephan con un susurro que era más una confesión que una pregunta.

—Porque no puedo seguir huyendo de lo que debo hacer —dijo ella sin mirarlo.

—¿Y eso qué es?

—Ser práctica. Elegir a alguien que pueda ofrecerme seguridad. Un lugar. Un futuro.

—¿Y qué pasa con el amor?

Elizabeth se giró hacia él, furiosa y vulnerable a la vez.

—¿Y si el amor no alcanza?

Stephan dio un paso hacia ella.

—Tal vez no alcance para el mundo. Pero te juro… que me alcanza para tí.

Ella contuvo el aliento.

Y antes de que pudiera decir algo más, Marcus los encontró.

—¿Todo en orden?

—Perfectamente —dijo Elizabeth alejándose. Pero su corazón… ya no lo sabía. Se encontraba en una encrucijada de la cual no sabía cómo salir.

Capítulo 9

Lo que el corazón no olvida

Stephan Hamilton miraba su reflejo en el cristal de su oficina, pero no se reconocía.

—Basta —murmuró, como si su voz pudiera convencer a su alma —. Esto tiene que terminar.

Había pasado la noche en vela, repasando mentalmente cada palabra que Elizabeth le había dicho, cada mirada robada, cada roce que parecía destinado a más… y que siempre terminaba en distancia. Ella iba a elegir bien. Con lógica. Con deber. Como debía ser.

Y él…

Él no era la elección correcta.

La única forma de protegerla era apartarse.

***

Tres días después, una elegante invitación llegó a la casa Havisham. Provenía del mismísimo Lord Marcus Ashford, quien, en su deseo por

«conocer mejor a la familia», organizaba un paseo por el campo para las señoritas de la temporada y sus madres.

El carruaje llegó a las once. Elizabeth subió con una sonrisa ensayada. Marcus, por supuesto, la ayudó a entrar con una galantería impecable. La señora Havisham estaba encantada.

—Marcus Ashford es una bendición —susurró a Elizabeth mientras Mildred y Mary acomodaban sus sombrillas—. Y no pienso dejar que lo espantes con tus silencios pensativos.

Elizabeth no respondió. Pero algo dentro de ella… dolía.

Porque Stephan no había aparecido. Ni un mensaje. Ni una carta. Nada.

***

Durante el paseo, Marcus se mostró amable, atento y divertido. Hizo reír a Mary con historias de caballos, habló con interés genuino con Mildred sobre botánica, y se preocupó por que su madre tuviera siempre té caliente.

Y a Elizabeth… le hablaba como si ya fueran algo más.

—Me agradas, Elizabeth. Y no me interesa el bullicio de Londres ni sus cuchicheos. Quiero conocerte por ti misma, no por lo que esperan de ti.

Elizabeth lo miró con más aprecio que emoción.

—Gracias, milord. Eso… significa mucho.

—¿Puedes llamarme Marcus?

Ella asintió. Pero su sonrisa era tenue.

***

Esa noche, Elizabeth salió al jardín con Mildred, ambas envueltas en chales y el olor de madreselva flotando en el aire húmedo.

—¿Estás bien? —preguntó Mildred.

Elizabeth bajó la mirada.

—No lo sé. Marcus es todo lo que mamá quiere. Y parece que el mundo también. Es amable, seguro, aceptado por la reina. Me hace sentir protegida.

—¿Pero feliz?

La pregunta quedó suspendida.

—No lo sé —repitió Elizabeth—. Tal vez la felicidad no sea algo que esté destinado para mí. Tal vez solo me toca asegurar el futuro de todas. No hay tiempo para sueños románticos.

Mildred, más callada y observadora que las demás hermanas, se detuvo.

—He visto cómo lo miras.

Elizabeth se tensó.

—¿A Marcus?

—No. A él. A Stephan.

Elizabeth apretó los labios.

—Eso fue un error. Una ilusión.

—¿O fue lo único real que tuviste en años?

Elizabeth no respondió.

Mildred la tomó de la mano.

—¿Y si no necesitas un lord? ¿Y si no necesitas cumplir con un título mohoso ni con lo que Su Majestad espera? ¿Y si lo único que importa es que alguien te mire como si fueras el sol… y no una obligación?

Elizabeth parpadeó.

—Eso no sería práctico.

—No —dijo Mildred con una sonrisa suave—. Pero sería tuyo.

***

Esa noche, Elizabeth se quedó despierta hasta tarde. Miró la carta de agradecimiento que había escrito para Marcus… y la dejó a un lado.

Porque su corazón aún latía en otro idioma. Uno que no podía fingir.

Y por más que Stephan hubiese desaparecido, ella no podía olvidarlo.

Capítulo 10

Susurros bajo el terciopelo

La mansión Belgrave resplandecía como un joyero abierto. Candelabros colgaban como constelaciones doradas, las paredes recubiertas de terciopelo absorbían el murmullo elegante de la alta sociedad, y la música de cuerdas flotaba en el aire con la dulzura de un perfume caro.

Era una de las veladas más importantes de la temporada.

Y esa noche, todas las miradas parecían buscar a una Havisham.

—Ahí está —susurró una voz femenina—. La mayor. La que no tiene dote y aún así…, se las arregla para ser la comidilla de Londres.

Lady Vivianne Langford, joven, ambiciosa, y rabiosamente celosa de Elizabeth desde el primer día, se giró hacia su amiga y alzó su copa.

—Ya veremos cuánto dura su brillo —dijo con una sonrisa ladina—. Esta noche será más que suficiente para que todos empiecen a preguntarse por cuántos caballeros ha sido… «rescatada».

***

Elizabeth, ajena aún al veneno que comenzaba a deslizarse por los pasillos, había llegado con su madre y hermanas. Vestía un tono verde musgo con detalles de encaje que resaltaban el tono marfil de su piel. Su cabello estaba recogido con elegancia y su rostro, aunque sereno, mostraba la tensión que solo ciertas noches sabían provocar.

A su lado, como ya era costumbre en los últimos días, Lord Marcus Ashford.

—Los comentarios han comenzado a circular —le dijo su madre al oído con evidente satisfacción—. Dicen que estás siendo cortejada por el barón de Ridgeford. Es un escándalo encantador.

Elizabeth no respondió. Miraba la sala como si buscara algo. O alguien.

Y entonces, lo vio.

Stephan.

De pie junto a la galería de los ventanales, con una copa en la mano, hablando con Ciarán Ruah. Vestía de negro, como siempre, pero había algo en su postura… algo que la hizo contener el aliento.

No se habían visto en días.

No desde que él desapareció.

Pero su mirada la encontró. Como si jamás se hubiera ido.

La música cambió. Los pasos comenzaron a deslizarse por la pista. Marcus la invitó a bailar. Y ella aceptó.

—Esta noche están hablando de nosotros —le dijo mientras giraban—. ¿Te incomoda?

—No —mintió ella—. Es de esperarse.

—Entonces, permite que esta noche… sea el inicio de algo real.

Elizabeth no respondió. Pero no apartó la mirada.

Stephan la observaba. Sin moverse. Sin fingir.

***

Fue durante una pausa en la música que lo encontró, solo junto a una fuente decorativa en la galería.

—¿De verdad piensas que puedes observarme así sin decir una palabra? —preguntó ella casi en susurro.

Stephan no sonrió. No esta vez.

—Estás hermosa.

—Eso no es una respuesta.

—No vine a buscarte —dijo—. Pero aun así… te sigo viendo. Te sigo sintiendo.

Elizabeth tragó saliva.

—Estoy intentando avanzar, Stephan. Estoy intentando hacer lo correcto.

—¿Y lo correcto es sentirse así?

Ella bajó la mirada.

—No todo lo que se siente bien…, es lo que debe hacerse.

—¿Y qué se dice de lo que no puedes olvidar?

El silencio se hizo más denso.

Y fue entonces cuando una joven dama pasó a su lado y soltó un comentario lo bastante alto como para que se escuchara:

—Al parecer, Lady Elizabeth colecciona más que pretendientes… ¿Cuántos caballeros han «salvado» su virtud ya?

Las risas ahogadas que siguieron perforaron el aire.

Elizabeth palideció.

Stephan se giró, tenso. Pero ella lo detuvo.

—Déjala —dijo con los ojos clavados en él—. No vale la pena.

—Tú sí.

Y esa fue su sentencia.

Cuando regresó al salón, las miradas ya comenzaban a cambiar de

tono.

Ya no era solo la joven sin dote que atraía la atención de dos hombres poderosos.

Ahora era el centro de una historia que aún no tenía final… pero ya prometía fuego.

Capítulo 11

El arte de perder con elegancia

Londres ya no susurraba calladamente. Susurraba con entusiasmo.

Los rumores sobre Lady Elizabeth Havisham y sus múltiples pretendientes, su escasa dote y su inexplicable ascenso a la cima de la atención social corrían por los salones con la velocidad del escándalo bien contado.

Pero lo curioso era que, en lugar de condenarla, eso solo la volvía más deseada.

—Dicen que está envuelta con Hamilton, pero que el barón Marcus la está cortejando seriamente.

—Y que Hamilton casi golpea a un noble por ella.

—¿La viste en la velada de los Belgrave? Irradiaba tragedia.

—La quiero en mi fiesta. Si va ella, va todo Londres.

Y así, las invitaciones comenzaron a llegar como si de repente las Havisham fueran lo más valioso que la aristocracia tenía para ofrecer.

Nadie mencionaba directamente los rumores iniciados por Lady Vivianne Langford, pero todos los repetían con una media sonrisa y

una copa en la mano. El morbo era irresistible. Y Elizabeth, sin quererlo, se convirtió en el epicentro de la temporada.

***

Stephan Hamilton, mientras tanto, estaba al borde de la ruptura.

Había intentado mantenerse lejos. Había fingido que aceptaba la decisión de Elizabeth. Que podía verla del brazo de Marcus sin que algo en su pecho se desmoronara.

Pero ya no podía fingir.

Y lo peor era que cada nuevo evento, cada nueva aparición de ella al lado del barón, era como una daga que le recordaba que la estaba perdiendo.

—¿Y si la estás dejando ir para protegerla… pero nadie más la protege de verdad? —le preguntó Ciarán una tarde en el club.

Stephan no respondió.

Esa noche, envió una carta.

***

Lady Clarisse Kensington organizaba una velada de primavera anticipada en sus jardines. Y, por supuesto, Elizabeth fue invitada como «la dama del momento».

Al llegar, vestida con un traje rosa palo con perlas bordadas, sostenía su abanico con firmeza… pero por dentro, el temblor era real.

—Todos nos miran —murmuró Mildred.

—Como si esperaran que en cualquier momento alguien me bese en público o me pida matrimonio a gritos —respondió Elizabeth con

un suspiro.

—Ojalá ocurra. Sería el evento del año —dijo Mary con picardía.

***

La música empezó. Elizabeth conversaba con Marcus, que cada vez se mostraba más cómodo a su lado, más posesivo, más convencido de que era solo cuestión de tiempo.

—He pedido audiencia con Su Majestad —le dijo sin más.

Elizabeth parpadeó.

—¿Para qué?

—Para formalizar mi intención contigo.

El mundo se detuvo un instante.

—Marcus…

—No te estoy pidiendo una respuesta aún. Solo quiero que sepas… que yo sí estoy dispuesto a hacerlo todo como debe hacerse.

Y entonces apareció Stephan.

No con una sonrisa. Ni con un saludo educado.

Sino con una decisión en los ojos que nadie había visto antes.

Se acercó a ella mientras sonaban las notas de un vals.

—Milady —dijo mirando a Marcus—. ¿Puedo robarle este baile?

Marcus frunció el ceño.

—Creo que Lady Elizabeth ya está comprometida conmigo esta noche.

—Eso dependerá de ella —replicó Stephan sin apartar los ojos de Elizabeth.

Todo el jardín contuvo el aliento.

Ella lo miró. Su corazón latía tan fuerte que temía que todos lo escucharan.

Y dijo:
—Acepto.
Bailaron en medio de un murmullo cada vez más escandalizado.
Pero no hablaron.
Se miraron. Se respiraron. Se perdonaron.
Cuando terminó la pieza, Stephan no la soltó.
—No voy a dejar que el mundo te aleje de mí sin luchar, Elizabeth.
—Ya decidí —susurró ella.
—¿Con la cabeza?
—Con todo menos con el corazón.
—Entonces voy a hablarle al corazón hasta que me escuche.
Ella no supo si temblar o reír.
Pero supo que ya nada estaba bajo control.
Y que ya no quería que lo estuviera.

Capítulo 12

El arte de los escándalos

El salón de la duquesa de Penrose era famoso por dos cosas: sus tapices franceses… y su habilidad para reunir a la gente exacta en el peor momento posible.

Aquella velada no fue la excepción.

Elizabeth entró con la cabeza en alto, acompañada de su madre y sus tres hermanas, sabiendo que cada paso suyo era observado, comentado y probablemente reinventado al instante por alguna lengua afilada.

—No respiren muy fuerte —dijo en voz baja—, o alguien dirá que estamos seduciendo al mayordomo.

Marcus la encontró casi de inmediato. Su mirada era intensa, decidida. Ya no se conformaba con su compañía: quería exclusividad.

—Esta noche hablaré con tu madre —le dijo en voz baja tomándola del brazo—. Ya no puedo seguir posponiéndolo.

Elizabeth intentó responder, pero su atención fue capturada por otra escena.

A unos metros, Mildred, la hermana más sensata, más prudente… estaba en medio de un pequeño alboroto.

Un joven caballero, visiblemente pálido, se tambaleaba cerca del piano y Mildred intentaba sostenerlo por el brazo, murmurando algo.

—¿Está bien? —preguntó una dama.

—¡No lo sé! Intentaba ayudarlo… ¡Y se desmayó!

En menos de un minuto, los rumores empezaron a brotar como setas después de la lluvia.

—¿Lo ayudaba… o lo seducía?

—¡Pero si ella nunca habla con nadie!

—¡Precisamente!

El joven era Lord Elcott, un tercer hijo con más deudas que modales, pero con un rostro hermoso y cierta tendencia al dramatismo.

La señora Havisham enrojeció de horror.

—¡Mildred! ¡El escándalo!

—¡Yo solo quería que no se cayera!

—Y terminó desmayado en tus brazos —dijo Elizabeth intentando no reír.

***

Mientras tanto, Mary se había separado del grupo. En uno de los rincones del jardín, hablaba con un caballero alto, de cabello oscuro y sonrisa ladeada.

—No deberías hablar conmigo —le dijo él con ojos tristes.

—Y sin embargo, aquí estamos —respondió ella tan resuelta como dulce.

El caballero era Sir Nathaniel Crane, conocido en los círculos más severos como un libertino reformado... o al menos, en proceso.

Tenía fama de haber escapado a París tras una deuda con un conde, de haber ganado una carrera de caballos apostando su reloj de bolsillo y, según algunos, de tener un corazón de oro escondido bajo una reputación de plomo.

Mary ya había decidido que lo que tenía... era un alma herida.

—Si te enamoras de mí, te vas a arrepentir —le advirtió él.

—Tal vez —dijo Mary sin miedo—. Pero si no lo intento, me voy a arrepentir igual.

Y luego estaba Morgan.

La más excéntrica, la que hablaba con gatos y sabía citar versos latinos sin tartamudear. Esa noche, alguien la escuchó discutir con un joven de acento escocés sobre si las violetas eran más poéticas que los narcisos.

—¿Usted en serio cree que Lord Byron prefería un narciso?

—Prefiero pensar que él mismo era uno.

Se llamaba Archibald Fitzroy, hijo de un excéntrico botánico con una fortuna colosal y escasa habilidad para vestirse de acuerdo a la moda.

Pero Morgan... estaba fascinada.

—¿Sabe? —le dijo él sonriendo—. Nunca conocí a una joven que supiera tanto sobre musgos.

—Y yo nunca conocí a nadie que me escuchara hablar de ellos sin bostezar.

La conexión fue inmediata.

La química, innegable.

Y los murmullos, inevitables.

Mientras tanto, en un salón lateral, Stephan escuchaba los comentarios con los dientes apretados.

—Parece que los Havisham están causando más movimiento esta temporada que todas las duquesas juntas —decía un lord con tono

burlón.

—Una familia sin fortuna ni títulos, y aún así… todos los quieren en sus fiestas. El escándalo es un buen perfume.

Stephan se giró para irse. No podía más.

La imagen de Elizabeth del brazo de Marcus. Las habladurías. La presión. El fuego en el pecho que no se apagaba.

No podía quedarse callado.

Y no iba a dejarla sola en esa tormenta.

Esa noche, Stephan decidió que estaba dispuesto a arriesgarlo todo.

Capítulo 13

El beso que no debía ser

El salón de Lady Radcliffe, tan blanco y reluciente como un templo de hielo, se llenó rápidamente de vestidos brillantes y sonrisas tensas. Las invitaciones habían sido extendidas con premura tras el último escándalo Havisham. Lo que antes era un apellido olvidado, ahora era el pasatiempo favorito de la temporada.

Y Elizabeth lo sabía.

Lo sentía en cada mirada. En cada susurro que apenas se molestaba en disimularse.

—Dicen que no tiene dote, pero dos hombres la disputan como si fuera una princesa persa —murmuró una señora a su derecha.

—Lo más entretenido que ha sucedido desde la caída de Lady Trowbridge de la escalinata del club de ópera —respondió otra.

Lady Vivianne Langford, vestida de rojo escarlata y con la sonrisa más afilada de la velada, escuchaba todo… sin intervenir. No todavía. Pero su mirada no abandonaba a Elizabeth.

No la perdonaba. No por los rumores. No por el escándalo. Sino por ser deseada.

***

Marcus la encontró junto a una columna de mármol. Su porte era impecable, y su voz, firme como siempre.

—Elizabeth —dijo y ella sintió que su nombre en sus labios no le temblaba como en los de Stephan—. Esta noche necesito que sepas algo.

—¿Qué?

—Que estoy dispuesto a todo. A desafiar expectativas, a enfrentar a la corte, a formalizar lo nuestro como se espera. Pero también…

Él se acercó un paso.

—También estoy dispuesto a hacer algo que no espera nadie.

Antes de que pudiera responder, Marcus la besó.

No fue una pregunta. No fue un roce sutil. Fue un acto firme, medido, seguro de su derecho… y ajeno a su corazón.

Elizabeth se quedó inmóvil. No por placer. Sino por desconcierto.

Cuando Marcus se apartó, sonreía. Ella no.

—Disculpadme —murmuró—. Necesito… aire.

Salió al jardín.

El aire nocturno la golpeó como un suspiro que no había podido soltar.

Y ahí estaba él.

Stephan.

Apoyado en una columna, con los ojos oscuros como la noche y los puños cerrados. No dijo nada. Solo la miró. Y ella supo que lo había visto.

—Fue un impulso —dijo ella.

—No fue tuyo.

Elizabeth parpadeó.

—No tienes derecho…

—¿No? —interrumpió él avanzando un paso—. ¿Ni siquiera al enojo de ver cómo alguien más te besa por primera vez, cuando cada día he soñado con ser yo?

Ella dio un paso atrás. Pero no lo suficiente.

—¿Qué quieres de mí, Stephan?

—Que seas libre. Que seas mía. Que elijas con el corazón por una vez.

—¿Y si ya lo hice? —susurró ella temblando.

Él la miró. Con tanto dolor, tanta ternura, tanta pasión… que el aire pareció detenerse.

Y entonces la besó.

No como Marcus. No para marcar territorio.

La besó como si fuera el primer respiro después del naufragio.

Como si solo ella existiera. Como si no hubiera sociedad, ni juicio, ni mundo que pudiera separarlos.

Elizabeth se dejó llevar.

Por fin.

Y cuando se separaron, su voz era apenas un hilo.

—Ese debió ser mi primer beso.

Stephan apoyó su frente contra la de ella.

—Todavía puede ser el primero que importe.

Dentro del salón, Lady Vivianne observaba desde la ventana.

Y sonrió.

—Perfecto —dijo en voz baja—. Si el escándalo no los destruye, yo misma me encargaré de hacerlo.

Capítulo 14

Té con veneno y rosas

La primavera londinense se desplegaba en toda su teatralidad: cielos despejados, jardines floreciendo y rumores que se abrían paso con más velocidad que los tulipanes.

Mildred Havisham era el nuevo entretenimiento de la semana. El episodio del joven lord desmayado en sus brazos había dado lugar a todo tipo de versiones, muchas de ellas contradictorias, pero deliciosamente escandalosas.

—Dicen que lo hizo desmayar con una sola mirada.

—O con un comentario sobre poetas.

—¿Y si fue un beso?

El hecho de que Mildred ni siquiera supiera coquetear era, por supuesto, irrelevante.

***

Mientras tanto, Elizabeth y sus hermanas habían sido invitadas a un té privado en casa de Lady Gertrude. Aunque la anfitriona era

famosa por sus dulces, era Lady Vivianne Langford quien dominaba el salón con la precisión de un espadachín social.

Vestida de azul pálido, con su cabello perfectamente recogido y una expresión de encantadora arrogancia, Vivianne sonrió apenas al ver entrar a Elizabeth.

—Oh, Lady Elizabeth… —dijo alzando la voz lo justo—. Qué dicha que hayas venido. Me preguntaba si hoy también tendríamos besos sorpresa como postre.

Las tazas se detuvieron en el aire.

Elizabeth se irguió con elegancia.

—No sabía que usted estaba tan interesada en mi vida personal, Lady Vivianne.

—¡Por favor! Es imposible no estarlo —exclamó Vivianne poniéndose una mano en el pecho como si fuese la víctima de la historia—. Primero Marcus, luego Hamilton… y tú, besando al segundo después de haber sido besada por el primero. Qué… liberal.

Varias damas contuvieron la respiración.

Lady Selene Hawthorne, que estaba sentada cerca, dejó su taza con delicadeza.

—¿Y no es maravilloso que una joven pueda elegir, por fin, según el corazón y no por conveniencia? —dijo con una sonrisa afilada—. Me preocupa más quien no consigue pretendientes, a pesar de tener todas las «ventajas» que la sociedad valora.

Vivianne palideció apenas.

—Oh, no me refería a…

—Estoy segura de que no —interrumpió lady Desdémona cruzando la sala con paso elegante—. Pero cuando las palabras hieren más que ilustran, es prudente detenerse.

Lady Clarisse Kensington apareció justo detrás.

—Y cuando una joven está siendo blanco constante de rumores

por su belleza, inteligencia y falta de dote, es probable que la envidien… no que haya hecho algo incorrecto.

Vivianne apretó los labios.

Las demás damas intercambiaron miradas incómodas, hasta que una de ellas —una baronesa tímida— murmuró:

—Yo creo que es muy romántico todo. Como en las novelas.

Elizabeth no dijo nada. Pero cuando se sentó de nuevo, su mano temblaba levemente.

Lady Selene se le acercó, en voz baja.

—No dejes que te destruyan por tener un corazón que late con fuerza. Las más valientes siempre pagan el precio al principio… y viven mejor al final.

Elizabeth asintió. Con los ojos húmedos, pero con la columna recta.

No estaba sola.

Y algo dentro de ella empezó a fortalecerse.

Capítulo 15

Donde el corazón habla

El cielo de Londres estaba cubierto de nubes suaves, como si incluso la primavera contuviera el aliento por lo que estaba a punto de suceder. Elizabeth caminaba con paso firme hacia la galería de arte privada que Stephan Hamilton había comprado meses atrás. Un pretexto para reunirse, según él. Pero ella sabía que no era solo eso.

Era el momento que ya no podían evitar.

Cuando entró lo encontró esperándola. El lugar estaba vacío, con la luz del atardecer colándose por los ventanales altos, tiñendo de oro y sombras los cuadros en las paredes.

—Gracias por venir —dijo él sin acercarse demasiado.

—No iba a quedarme con palabras no dichas. No después de todo lo que ha pasado.

El silencio entre ellos era espeso, lleno de recuerdos, de miradas no compartidas, de caricias contenidas.

—Desde que te conocí —comenzó Stephan—, mi mundo cambió de eje. No fue solo atracción. Fue... reconocimiento. Como si algo que siempre faltó, de pronto estuviera ahí.

Elizabeth tragó saliva.

—Y sin embargo, te alejaste.

—Porque quise protegerte. Porque pensé que si me apartaba, te daría libertad para elegir.

—¿Y si yo ya elegí?

Él la miró. Con una mezcla de esperanza y temor que lo hacía vulnerable.

—Elegí cuando te busqué con la mirada en cada salón. Cuando tus silencios me dolían más que cualquier palabra. Elegí cuando me besaste como si el mundo se acabara.

Stephan se acercó al fin. No para reclamar. Para ofrecer.

—No soy el hombre que tu madre soñó para tí. No tengo títulos. No tengo palacios. Pero si me eliges, voy a construirte un mundo donde nunca tengas que dudar de quién eres.

Elizabeth lo miró, y lo supo.

Ya no tenía miedo.

Se acercó lentamente, tomó su mano, y dijo:

—Entonces construyámoslo juntos.

Y lo besó. Esta vez sin la sombra de otro hombre. Esta vez con el alma entera.

El beso fue lento, profundo, lleno de promesas no dichas. Cuando se separaron, sus respiraciones estaban entrecortadas.

—Tengo que hablar con Marcus —murmuró ella.

—Lo merece —asintió Stephan—. Pero no dejes que el deber apague esto.

—No podría. Ya no.

***

Esa misma tarde, Mildred paseaba por el invernadero de Lady

Clarisse cuando un caballero alto y nervioso la interceptó.

—Lady Mildred, no sé cómo expresar lo que siento desde aquella noche…

—¿Desde que se desmayó en mis brazos?

—Sí. Fue… lo más romántico que me ha pasado jamás.

Mildred enrojeció.

—Lord Elcott, usted no puede estar hablando en serio.

—¿Y si lo hago? ¿Me permitiría cortejarla? Prometo mantenerme en pie esta vez.

Mildred no pudo evitar sonreír.

—Una condición: nada de desmayos sin aviso.

***

Esa noche, Lady Selene Hawthorne organizó una velada privada en su residencia, invitando solo a quienes realmente debían estar.

La atmósfera era elegante pero íntima. Elizabeth llegó del brazo de su madre, sabiendo que esa noche sería diferente.

Y al verla entrar, todos supieron.

Stephan, desde el fondo del salón, la miró sin moverse. Marcus, de pie junto a la chimenea, tensó la mandíbula al instante.

Y entonces, Elizabeth cruzó la sala… y se detuvo frente a Marcus.

—Tengo que ser honesta con usted, milord. Me ha mostrado respeto, bondad y afecto sincero. Y por eso mismo, no puedo permitir que esto continúe.

Los murmullos comenzaron.

—Mi corazón ya eligió. Y sería injusto… fingir lo contrario.

Marcus, aunque herido, asintió con dignidad.

—Gracias por decir la verdad. Te deseo felicidad con él.

Y se marchó sin mirar atrás.

Elizabeth caminó hacia Stephan.

No hicieron falta palabras.

Se tomaron de la mano.

Y todo Londres supo que el escándalo había dejado de ser solo un rumor. Era amor.

Capítulo 16

Gretna Green y cartas rotas

Todo comenzó con una ausencia.

Morgan Havisham, la excéntrica, la impredecible, la que hablaba con las flores y decía que ningún hombre jamás comprendería su mente, desapareció una mañana sin dejar rastro.

La nota encontrada sobre su tocador era breve.

«No intenten detenerme. Estoy donde quiero estar. Volveré... convertida en señora.»

El grito que soltó la señora Havisham fue tan dramático que hizo volcar una bandeja entera de scones.

—¡Una Havisham fugada! ¡Nos van a cerrar las puertas de toda Inglaterra!

Pero Elizabeth no perdió la cabeza. Corrió a buscar a Stephan, quien no tardó en presentarse con abrigo, guantes y su habitual temple frío.

—¿Tienen idea de con quién se fue?

—Sí —dijo Elizabeth, sin aliento—. Con Archibald Fitzroy, el botánico escocés. El que hablaba de musgos. La última vez que lo

vio Mary, mencionó... Gretna Green.

Stephan alzó una ceja.

—Por supuesto. Donde todos los corazones tercos terminan.

***

Tras dos días de viaje, encontraron a Morgan en una posada cubierta de hiedra cerca de la frontera. Radiante, despeinada y casada.

—¡Lo hice! —exclamó abrazando a su hermana—. Me casé con el hombre que me habló de líquenes con lágrimas en los ojos. ¿Puedes creerlo?

—No —respondió Elizabeth—. Pero tampoco puedo dejar de sonreír.

Archibald, por su parte, resultó ser heredero de una de las fortunas más antiguas y prósperas de Escocia, dueño de tierras, bibliotecas botánicas y un corazón absolutamente entregado a su esposa.

—Nunca creí que alguien quisiera casarse conmigo sin saber mi cuenta bancaria —le confesó a Stephan mientras brindaban con whisky—. Pero ella lo hizo.

De regreso en Londres, la noticia estalló como una bomba.

Lady Vivianne Langford, en una merienda en casa de los Westmore, se puso de pie con tal furia que hizo volcar su copa.

—¡Una Havisham casada antes que yo! ¿¡Y con un noble escocés millonario!?

—Tranquila, querida —murmuró una de sus amigas—. Al menos tú tienes tu... carácter.

—¡Exacto! ¡Y por eso sigo soltera!

***

Mientras tanto, en los rincones más ocultos de la casa Havisham, Mary escribía cartas con pulso tembloroso. Se las enviaba a Sir Nathaniel Crane, el caballero de reputación dudosa y sonrisa triste.

Sus palabras eran dulces, poéticas, llenas de esperanza.

Pero una tarde, al pasear con su madre por Regent Street, lo vio.

Conversando con una dama viuda de moral... cuestionable.

La risa de ella, el gesto confiado de él. Todo fue demasiado.

Esa noche, Mary quemó su carta a medio escribir.

Y no volvió a responderle.

Nathaniel esperó. Volvió a escribir. Preguntó a conocidos. Pero no obtuvo respuesta.

Hasta que finalmente, dejó en la verja una última misiva, firmada sin nombre.

«Si he fallado, dímelo. Pero no me castigues sin dejarme explicarte.»

Y mientras tanto, Elizabeth, habiendo traído de regreso a su hermana casada y triunfante, se sentía más decidida que nunca.

—Nosotras no vinimos a encajar —le dijo a Stephan esa noche—. Vinimos a amar.

Él la abrazó con una sonrisa.

—Y lo están logrando, una hermana a la vez.

Capítulo 17

Cuando todo arde

La mansión de los Langford brillaba como si fuese la sede de una coronación. Las paredes estaban adornadas con sedas y flores blancas, y la música de una orquesta de cámara flotaba en el aire con la exactitud de una trampa elegante. Cada invitado sabía que no estaba allí por cortesía.

Estaban allí para ver caer a Elizabeth Havisham.

Y Lady Vivianne, envuelta en azul medianoche, sonreía como una loba que ya saborea la carne. Su mirada no abandonaba la puerta de entrada.

—Veamos cuánto puede durar una estrella sin cielo —murmuró.

Elizabeth llegó del brazo de su madre, vestida con un conjunto color esmeralda y encaje antiguo que ella misma había restaurado. No tenía joyas más que un camafeo en el cuello, y aun así, irradiaba más que cualquier noble presente.

Las miradas se giraron hacia ella como cuchillos envueltos en terciopelo.

—No mires abajo —dijo Mildred—. No les des el placer de verte

dudar.

—No pienso hacerlo —respondió Elizabeth. Pero su corazón latía como un tambor desbocado.

***

En el jardín, entre los faroles de aceite, Mary caminaba sola. La noche era húmeda, fragante. Una parte de ella esperaba encontrarlo. La otra… temía hacerlo.

—Mary.

La voz la hizo girar.

Nathaniel. Alto, desalineado, con los ojos desesperados.

—¿Qué haces aquí?

—Vine por ti.

—Llegas tarde.

—Nunca dejé de escribirte. Nunca dejé de pensar en ti. Esa mujer con la que me viste…

Mary lo interrumpió, la voz temblorosa.

—¿Por qué estabas sonriendo así? ¿Por qué se reía ella?

—Porque me preguntaba si eras mi prometida. Y yo… yo no supe qué responder. Porque no te tenía. Pero Dios sabe cuánto lo deseaba.

Mary contuvo las lágrimas.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Qué olvide lo que vi? Porque había muy poco de inocente en la manera en la cual ella tocó tu pecho.

—No. Quiero que recuerdes lo que sentiste antes de eso. Lo que somos cuando estamos juntos.

—¿Y qué somos, Nathaniel? ¿Una aventura? ¿Un juego?

Él se acercó, sus ojos brillando con algo más que pena.

—No. Somos… dos personas que encontraron algo real en medio

de un mundo falso. Y si te vas, no sé si podré recuperarme.

Ella lo miró con los labios apretados.

—Ya no sé si quiero hacerlo yo.

Él asintió. Y retrocedió.

—Entonces me despido como un hombre que te amó con todo, aunque fuera tarde.

Mary se giró.

Y no miró atrás.

Pero lloró en silencio toda la noche.

***

En el salón principal, Lady Vivianne ya se relamía el momento.

—No deja de sorprenderme —dijo alzando la voz—, cómo una joven sin título ni fortuna puede ser tan… solicitada. Aunque me imagino que para ciertos caballeros el escándalo es parte del atractivo.

Risas suaves. Sonrisas contenidas. Elizabeth se mantuvo erguida, con las mejillas encendidas.

—¿Cómo se llama eso, cuando se besa a un caballero justo después de haber sido besada por otro? ¿Costumbre americana?

Y entonces, las puertas se abrieron de golpe.

Stephan.

Vestido de negro, el cabello revuelto por el viento, las manos apretadas a los costados. Caminó hacia el centro del salón sin detenerse. Sin pestañear.

Los murmullos se apagaron como un incendio bajo la lluvia.

Y él habló.

—Este juego ya terminó.

Todos lo miraron. Lady Vivianne se levantó un poco, incómoda.

—No hay ningún juego, señor Hamilton. Solo conversación civilizada.

—¿Civilizada? —su voz resonó firme—. ¿Llaman así a humillar a una mujer por tener el coraje de ser deseada? ¿Por atreverse a no esconderse? ¿Por haber sido amada?

Se volvió hacia Elizabeth. Y todo cambió.

—Desde el día en que la vi, supe que no iba a ser libre otra vez. Ella me volvió mejor. Me hizo honesto. Me hizo valiente. Me hizo vulnerable. Y no puedo permitir que la sigan usando como entretenimiento cuando es lo más valioso que he tocado en toda mi vida.

Se arrodilló frente a ella.

La sala contuvo el aliento.

—Elizabeth Havisham. Si alguna vez dudaste de tu lugar en el mundo… déjame darte uno. A mi lado. Como mi esposa. Como mi amor. Como lo único que necesito para seguir respirando.

Elizabeth se tapó la boca con la mano.

Las lágrimas corrían sin permiso.

—Sí —dijo con un sollozo.

—¿Sí?

—Sí. Me casaré contigo.

Stephan se puso de pie y la abrazó con fuerza. La sala estalló en exclamaciones. Algunas de horror. Otras… de emoción.

Lady Vivianne se descompuso en su silla.

Y desde el fondo del salón, Lady Selene Hawthorne sonrió con una copa de vino en la mano.

—Brindo por el amor —dijo en voz alta—. El único escándalo verdaderamente valiente.

Capítulo 18

El precio de decir «sí»

El escándalo estalló como un relámpago en cielo despejado.

A la mañana siguiente, los periódicos de sociedad ya llevaban en portada la noticia que nadie esperaba, pero que todos deseaban:

«Stephan Hamilton, el magnate del acero, pide en matrimonio a Lady Elizabeth Havisham… ¡durante la velada Langford!»

«La escena fue digna de una novela romántica, y el beso, el más apasionado de la temporada. Lady Vivianne abandonó la fiesta poco después.»

Los columnistas lo narraban con fascinación. Las caricaturas mostraban a Stephan arrodillado, con Elizabeth envuelta en un halo de luz… y a Lady Vivianne con una expresión que nadie intentaba suavizar.

La sociedad se dividió. Algunos hablaban de un escándalo imperdonable, de una joven que había seducido a dos hombres y elegido al más inapropiado. Pero otros —y no pocos— lo encontraban hermoso, incluso valiente.

En la casa Havisham, el desayuno se sirvió en silencio hasta que la

señora Havisham, con las manos temblorosas sobre el mantel, dijo:

—Bueno. Si van a escribir sobre nosotras, que al menos escriban con admiración.

Elizabeth rio por lo bajo. No podía evitarlo. A pesar del caos, se sentía ligera. Libre. Amada.

Pero no todos estaban livianos de corazón.

Mary miraba por la ventana, con una carta doblada en el regazo. No era nueva. Era una de las últimas que Nathaniel le había enviado, antes de su silencio.

—¿Por qué duele tanto extrañar algo que nunca fue del todo mío? —murmuró.

No le contó a nadie lo que sentía. Ni siquiera a Elizabeth. Solo lloró a escondidas, en su almohada, recordando la forma en que él la miraba… y la forma en que se había alejado sin volver a buscarla. Sin saber que él también sufría.

Porque Nathaniel Crane, a kilómetros de distancia, no dejaba de mirar la carta sin respuesta en su escritorio.

«Regresa, y te explicaré todo aquello que callé.»

Pero no tenía el valor de enviarla otra vez.

***

Esa misma tarde, Lord Elcott —el joven que una vez se desmayó en brazos de Mildred— se presentó ante la señora Havisham con los ojos firmes y el cabello perfectamente peinado.

—Vengo a pedir la mano de su hija Mildred.

—¿Mi Mildred? ¿La que lee novelas de filosofía? ¿La que asusta a los jardineros con su mirada inquisitiva?

—Esa misma. Y quiero que sepa que… he cambiado. Con ayuda del señor Hamilton. Me ha guiado. Me ha corregido. Y su hija… me

ha dado razones para ser mejor.

La señora Havisham se quedó en silencio largo rato antes de responder:

—Bueno, si Stephan Hamilton se tomó el trabajo de enderezarte… Supongo que podría dártela a cambio de que no te desmayes en la boda.

Mildred, detrás de la puerta, dejó escapar una sonrisa que iluminó toda la habitación.

***

Esa noche, Elizabeth y Stephan se encontraron en el salón de la casa que él había comenzado a reformar para ellos. Era una sala sencilla, aún sin muebles, pero con una gran chimenea encendida y el eco de promesas en el aire.

Él la recibió con una copa de vino y una mirada que solo conocía un idioma: amor.

—¿Tienes miedo? —le preguntó tomándole la mano.

—Sí. Pero también tengo coraje. Porque te tengo a ti.

Stephan la acercó con suavidad.

—No sabía lo que era vivir hasta que me vi reflejado en tus ojos. No sabía lo que era el futuro… hasta que lo escuché en tu voz.

Ella le acarició la mejilla.

—¿Y si el mundo sigue en nuestra contra?

—Entonces le construiremos otro encima.

Se besaron frente al fuego. Lento. Cargado de palabras no dichas. Con el alma. Con la certeza de que no habría vuelta atrás.

Eran, al fin, uno frente al mundo.

Y el mundo… tendría que acostumbrarse.

Capítulo 19

De luz, escándalos y coronas invisibles

El aire de Londres tenía ese aroma nítido de las noches importantes. Noches en que las decisiones se tallaban en oro… o en cicatrices.

Buckingham House, iluminada como un faro, recibía uno a uno a los más notables del Reino. Todo debía brillar. Todo debía deslumbrar.

Y entre todo ese esplendor, los nombres más susurrados eran:

Hamilton. Havisham.

—¿Listos? —preguntó Stephan ajustando los guantes de su traje negro, con una rosa pálida en el ojal.

Elizabeth asintió. Su vestido color marfil, con detalles en plata antigua, caía como un río de luna. El cabello recogido en ondas suaves dejaba al descubierto su cuello, y los ojos, aunque nerviosos, brillaban con la determinación de quien ya había sido juzgada… y había decidido no vivir para complacer a nadie.

—No vamos a demostrar nada —susurró—. Vamos a existir. Eso ya es suficiente.

Él tomó su mano.

—Suficiente… y glorioso.

El carruaje se detuvo ante las puertas del Palacio. Una nube de silencios, miradas y abanicos se alzó al verlos descender. Él sin título. Ella sin dote. Ambos más poderosos que un escuadrón de duquesas.

Y entonces ocurrió lo impensado.

Lord Marcus Ashford, imponente en azul noche, cruzó la entrada desde el salón principal. Todos se tensaron. Un duelo verbal. Un gesto de desdén. Una nueva humillación… cualquier cosa parecía posible.

—Stephan —dijo Marcus deteniéndose frente a él.

El silencio era denso como el terciopelo.

—Marcus —respondió Stephan con gesto firme.

Y entonces, Marcus le tendió la mano.

—Me honra verte con ella.

Los murmullos se ahogaron.

—Y me alegra que, si no fui yo…, seas tú quien camine a su lado.

Elizabeth contuvo la respiración.

Marcus se volvió hacia ella e inclinó apenas la cabeza.

—Dijiste que elegirías antes de que terminara la temporada. Y lo hiciste. Con coraje, con verdad. Eres la mujer más valiente que he conocido.

—Gracias —murmuró ella emocionada.

Y con eso, el escándalo quedó sin voz.

***

En un salón lateral, mientras los invitados aún murmuraban sobre la escena, Mary Havisham aguardaba su turno para presentarse ante Su Majestad.

Vestía un delicado vestido azul lavanda, sus manos enguantadas apretaban un pañuelo bordado, y cada paso que daba la acercaba no solo a la Reina… sino a una verdad incómoda: aún no había dejado de pensar en Nathaniel.

Un funcionario real se le acercó con solemnidad.

—Su Majestad la recibirá ahora.

Mary entró sola.

Y ahí estaba ella.

La Reina. Alta, serena, vestida de blanco y plata. Observaba con los ojos de quien ha visto reinos caer y surgir, con la calma de una mujer que no necesita levantar la voz para dominar una sala entera.

Mary hizo la reverencia perfecta. Y esperó. El corazón como un tambor. Las rodillas temblando.

La Reina no habló enseguida. Solo la miró.

—Una joya preciosa —dijo finalmente—. De mirada noble… y ojos tristes.

Mary alzó la vista, sorprendida.

—No sabía que las reinas miraban tan hondo.

La soberana esbozó una sonrisa.

—Las reinas, querida, deben hacerlo. Es su deber… y su condena.

El silencio las envolvió por un instante.

—Tus hermanas han dado mucho de qué hablar —continuó la Reina—. Y, sin embargo, parecen florecer donde otras se marchitan.

Mary tragó saliva.

—Ellas son más fuertes que yo.

—No lo creo —dijo Su Majestad—. Solo han tenido que demostrarlo antes.

La Reina se incorporó levemente en su trono.

—Te doy mi bendición, Lady Mary. Por tu porte, por tu nobleza… y por las lágrimas que aún no has dejado caer. Espero que elijas bien.

Que elijas con amor. Como ellas.

Mary salió con el pecho agitado y los ojos húmedos. Pero por primera vez en días, no sentía vergüenza de llorar.

***

En el salón principal, Elizabeth y Stephan se unieron al primer vals. La sala se abrió para ellos como si el mundo al fin entendiera que lo inevitable había llegado.

Él la sostuvo con una delicadeza feroz. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Bailaban como si nadie los mirara. Como si fueran ellos quienes danzaban y no sus pasados.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz baja.

—Nunca mejor. ¿Y tú?

—Siento que el mundo puede arder. Siempre que arda contigo.

Y mientras giraban bajo los candelabros, un murmullo reverente empezó a recorrer la sala. La reina los miraba desde su palco privado.

Y sonreía.

Porque a veces, la realeza no está en el apellido…sino en la forma en que se ama.

Epílogo

Un jardín, una carta y un nuevo comienzo

La brisa de junio acariciaba el jardín como un suspiro lento y perfumado. Las rosas trepaban por los arcos de hierro forjado, y los jazmines, aún perezosos por la hora, se mecían entre los murmullos de las hojas.

Elizabeth, con un vestido suelto color marfil que apenas disimulaba su avanzado estado de embarazo, se sentó con cuidado sobre el banco de piedra junto al estanque. Su rostro estaba iluminado por una paz nueva, serena. Una mano descansaba sobre su vientre redondo. La otra, en la de Stephan.

—Se mueve más por las noches —dijo ella con una sonrisa suave —. Como si ya supiera que va a nacer rebelde.

Stephan rio y se agachó para besarle el vientre.

—Será nuestra hija. O nuestro hijo. Pero sea quien sea… va a llevar fuego en la sangre.

Elizabeth le acarició el cabello con ternura. Los ojos le brillaban de emoción.

—¿Recuerdas cuando creímos que el mundo se nos venía encima solo por querernos?

—El mundo sigue siendo pesado —dijo él alzando la vista hacia ella—. Pero cuando te tengo así… apoyada en mí, con nuestra vida creciendo entre nosotros… ya no me importa cargarlo entero.

Se abrazaron en silencio. El jardín, por un momento, pareció detener su respiración.

Y entonces la vieron.

Mary, con un vestido blanco y un sombrero de ala ancha, caminaba entre los rosales. En la mano sostenía una carta cerrada con lacre azul. Sus pasos eran lentos, casi soñadores. Su mirada, perdida en un horizonte que nadie más veía.

—¿Es de él? —preguntó Stephan en voz baja.

Elizabeth asintió.

—Llegó esta mañana. Nadie le preguntó, pero ella bajó al jardín como si… necesitara que el aire la ayudara a leerlo.

La observaron en silencio.

Mary se detuvo junto a un seto en flor, cerró los ojos y apoyó la carta contra su pecho. El sol le iluminaba el rostro, y por primera vez en semanas… no parecía triste. Solo expectante. Viva.

—¿Crees que lo perdonará? —preguntó Stephan.

—Creo —respondió Elizabeth con una sonrisa emocionada—, que va a escribirle de vuelta. Y que esta vez… va a firmar con su nombre.

Stephan la besó en la sien.

—Ojalá este bebé tenga tu corazón —murmuró.

—Ojalá tenga tu coraje —respondió ella—. Y la dulzura de Mary.

Y así, bajo el cielo azul, entre jardines que ya conocían secretos, los tres quedaron en silencio, sabiendo que el amor, a veces, llega tarde… pero llega.

Y cuando lo hace, se queda para siempre.

Agradecimientos

A Lola Gude, a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

Solo él es quien le interesa a lady Elizabeth Havisham.

Solo ella, entre todas, cautiva el corazón de Louis Stephan Hamilton.

Pero pertenecen a clases sociales diferentes…



Lady Elizabeth Havisham está desesperada. Necesita un prometido antes de terminar la temporada o su madre y sus tres hermanas terminaran en la calle. Sin embargo, el único hombre que ha llamado su atención no es el adecuado.

Louis Stephan Hamilton ha amasado una cuantiosa fortuna en base al arduo trabajo. Las remilgadas señoritas de alta sociedad

no son algo que le interesen, ni tampoco un dolor de cabeza que quiera buscarse. A excepción de cierta joven que, tras un encuentro fortuito, logra atraer su atención a pesar de saberla muy lejos de su alcance.

¿Pueden dos mundos tan diferentes unirse? ¿Acaso su irremediable atracción jamás se convertirá en una historia de amor?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Kathia Iblis
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Kolbakova Olga

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-75-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lady Havisham necesita un prometido
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1. El arte de fingir valentía
Capítulo 2. El peligro de ser vista
Capítulo 3. Sombras entre tazas de té
Capítulo 4. El telón se abre
Capítulo 5. El sabor amargo del deseo
Capítulo 6. Donde todo tiembla
Capítulo 7. Dulces tormentas
Capítulo 8. Sombras en el té y fuego en la velada
Capítulo 9. Lo que el corazón no olvida
Capítulo 10. Susurros bajo el terciopelo
Capítulo 11. El arte de perder con elegancia
Capítulo 12. El arte de los escándalos
Capítulo 13. El beso que no debía ser
Capítulo 14. Té con veneno y rosas
Capítulo 15. Donde el corazón habla
Capítulo 16. Gretna Green y cartas rotas

Capítulo 17. Cuando todo arde
Capítulo 18. El precio de decir «sí»
Capítulo 19. De luz, escándalos y coronas invisibles
Epílogo. Un jardín, una carta y un nuevo comienzo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos